

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

La Jubilación y sus Implicancias Socioculturales.

Paulina Osorio Parraguez.

Cita:

Paulina Osorio Parraguez. (1998). *La Jubilación y sus Implicancias Socioculturales. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/132>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/EwE>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La Jubilación y sus Implicancias Socioculturales

Paulina Osorio Parraguez*

Como fenómeno cultural y socialmente estructurado, la vejez, está recién mostrándose y entrometiéndose dentro de nuestra compleja dinámica social. Así, esta cultura de la vejez, es producto del momento histórico -del contexto- que vive nuestra sociedad. Puesto que la edad nunca había constituido un factor socialmente estructurado; cosa que sí ocurre en nuestra época, en donde el segmento de adultos mayores se constituye como un grupo de edad diferenciado, con características culturales propias, intereses y demandas sociales claras y particulares.

Demográficamente hablando, para nuestro país, Chile, el siglo XX ha sido un periodo de crecimiento, por lo que se estima que el siglo XXI será de envejecimiento poblacional. Esto se traduce en un significativo cambio de la estructura socio-demográfica en Chile. Seremos - si es que ya no lo somos- un país envejecido, en donde existirá un gran porcentaje de individuos mayores de 65 años. El aumento de la población no sólo modifica la estructura demográfica, sino que se presentan cambios en la estructura social del país, y por ello, en la dinámica social y sus características. El problema social y político que puede significar para una sociedad envejecida, no considerar a este sector etéreo como un importante recurso humano para el desarrollo del país, comporta considerables problemas para el sistema de seguridad social, el sistema de salud, y en general, consecuencias, socioeconómicas desfavorables.

La modernidad trae consigo frecuentes y acelerados cambios que inciden positiva o negativamente en la vida de cada individuo y de sus relaciones con el entorno laboral, social, cotidiano, familiar. En nuestra época, la estructura familiar es bastante débil y ni siquiera permite, en el caso normal, dar al abuelo o a la abuela un oasis de la vida tranquilo y seguro. Cuando las condiciones económicas conllevan un marco de recursos demasiado restringido para poder contar con un espacio amplio en la vivienda, rara vez quedan incluidos los viejos en un

gran grupo familiar dentro de la misma casa, quedando expuestos al empobrecimiento, soledad y aislamiento del entorno de la familia. La vida que la urbe trae consigo, a diferencia de las zonas rurales, pone en peligro la supervivencia de los modelos familiares, pues se produce la separación del grupo familiar original, constituido por varias generaciones, en la pequeña familia nuclear moderna, donde, muchas veces, los viejos viven por su cuenta. En gran medida, es en el campo, donde hoy aún se conservan esas características, pues los viejos ocupan un lugar natural y tradicional en la familia numerosa, en la que se integran diversas historias de vida, experiencias e intereses, que de ningún modo están de más. Por lo mismo, los viejos que viven y trabajan en zonas rurales nunca jubilan, pues no se los excluye del sistema productivo.

En un contexto económico y cultural del desarrollo del capitalismo a nivel mundial y a la hegemonía ideológica que éste representa, nuestras sociedades se han visto enfrentadas a una tendencia de uniformidad cultural y al predominio del individualismo, lo cual no sólo se expresa a niveles macro sino que presenta manifestaciones a nivel cotidiano bastante claras y significativas. El desarraigo que significa para los viejos el desajuste al interior de la familia, es una consecuencia de la percepción diferenciada de los valores de compromiso y responsabilidad entre sus miembros. Los más jóvenes - sus propios hijos- forman sus núcleos familiares, desligándose del núcleo original; en cambio, los más viejos, consecuentes con valores familiares tradicionales, sienten -más bien creen- que los hijos tienen el deber de hacerse responsables de ellos como reconocimiento y agradecimiento de la educación, alimentación, cuidado, y de todo lo que sus padres han hecho por ellos en otro momento. Este fenómeno nos muestra que las expectativas frente a las relaciones familiares y el marco de valores que guían la interacción dentro de los miembros de una misma familia -pero generacionalmente

*Antropóloga Social. Universidad de Chile

distintos- no responden ni se configuran sobre la base de un mismo patrón cultural. Y ello, principalmente, porque los agentes socializadores -desde la primera infancia- se encuentran fuera del hogar: los medios de comunicación de masas, la escuela, y el grupo de amigos, entre otros, van configurando verdaderas subculturas de grupos de edades. En las nuevas generaciones se ha ido desarrollando una cultura juvenil totalmente desligada de los más viejos y de su historia. Esta se construye en torno al corto plazo, vivir el presente y el instante sin importar orígenes o la proyección hacia un futuro, su bandera es la independencia y constituir redes sociales a base de relaciones funcionales, incluso al interior de la misma familia.

En la sociedad actual se han creado una serie de instituciones que reemplazan determinadas relaciones sociales y familiares en relación a los viejos: el temido hospicio. Esta serie de establecimientos, como el Hogar, la Casa de Reposo, etc., se hacen cargo del cuidado, los problemas y las necesidades de nuestros viejos, y si bien representan un apoyo significativos para los hijos y familiares directos del anciano, para éste sólo significa el germen de la soledad cotidiana que lo acompañará hasta sus últimos días.

Los avances tecnológicos y médicos se han traducido en mejoras de las condiciones de salubridad, disminución y prevención de la morbilidad, en el fondo, se tiende a mejorar las condiciones de vida, para de esta forma, prolongarla. El ciclo vital del hombre moderno, sin duda que se ve afectado. Los avances y cambios culturales han permitido la prolongación de los años de vida; paradójicamente, tales años, no conllevan mejoras en sus condiciones.

No podemos negar que envejecer resulta un proceso natural, y es una consecuencia de nuestra condición humana, o sea, es una parte del ciclo vital. Sin embargo, cuestiones tales como qué significa ser viejo, cuándo comienza la vejez, cuáles son las expectativas de vida para los individuos o la calidad de vida durante el proceso de envejecimiento, están dadas socialmente y son propias de cada sociedad y cultura. Ser anciano no es una cuestión exclusiva de nuestros tiempos, o un acontecimiento de las últimas décadas; lo que sí es algo nuevo es la problematización del tema en términos científicos y disciplinarios. No responde -eso sí- a una necesidad científica o disciplinaria, sino que surge como una necesidad sociopolítica de enfrentar en forma óptima

e integral el envejecimiento de la población a nivel mundial, pues en las últimas décadas el envejecimiento se ha tomado un acontecimiento socio-demográfico de relevancia nacional y mundial. Ya no sólo se presenta como característico de los países desarrollados; ha comenzado a manifestarse seriamente en países en desarrollo como el nuestro, en donde, ese gran número de individuos que envejece no está preparado para la vejez. Asimismo, muchas sociedades jóvenes, en términos demográficos, no están preparadas para recibir y enfrentar la vejez y a los individuos que envejecen. He aquí la importancia que tiene para los científicos sociales el mirar hacia la problemática de los adultos mayores, conocerla, analizarla, interpretarla para finalmente, preveer y proyectar.

Antiguamente, el número de hombre y mujeres que llegaba a edad avanzada era relativamente pequeño y debido a ello la presencia de este segmento etéreo dentro de la sociedad no fue un problema especial. El grupo de los *viejos* ya ha llegado a ser un verdadero grupo de edad, cuya importancia numérica aumenta de año en año. El envejecimiento en sí no es un problema, lo que sí resulta problemático es su acelerado acrecentamiento, su intensidad y, sobre todo, las consecuencias de marginalidad y pobreza -en muchos casos extrema pobreza- que significa la magnitud del fenómeno. En la sociedad chilena actual se constata que, por un lado, aumentan las posibilidades y oportunidades para que mayor cantidad de individuos lleguen a vivir más años, es decir, la población tiene un alto grado de posibilidad de llegar a ser adulta mayor; pero, por otro, la calidad de vida empeora a medida que se envejece.

En nuestra cultura occidental, moderna, se deja arbitrariamente a un grupo de edad -los adultos mayores- sin ningún papel social, y por lo tanto, excluidos y marginados de la actividad y la esfera pública.

Desde que el individuo nace -y a lo largo de toda su vida-, la cultura y su sociedad, lo va formando y socializando, mediante ritos de pasaje asignadores de roles que dan contenido a la edad social de cada uno. "Podemos afirmar que el conflicto entre la edad social, la psicológica y la cronológica en cada uno de los segmentos de edad en que se estratifican nuestras sociedades, constituyen una de las formas de disonancia más características del momento histórico contemporáneo: y la jubilación es el mejor de los ejemplos" (Fericgla, 1992: 121)⁽¹⁾. El jubilado no sólo es una persona

⁽¹⁾FERICGLA, JOSEPH (1992) *Envejecer. Una antropología a la ancianidad*; Barcelona: Anthropos.

adulto mayor; es un ciudadano que junto a su trabajo ha perdido su rol social. Pues cuando un adulto trabajador activo-productivo en términos económicos-jubila, pierde el status social que le significaba producir. Al verse privado de sus obligaciones laborales, también pierde su fuente de rol social. No es económicamente productivo, por lo tanto, ya no participa activamente dentro de la esfera social. El rol que adquiere es un *rol sin rol*, carente de sentido y valor de acuerdo a los patrones sociales y culturales imperantes.

Sabemos, por un lado, que la actividad laboral provee al hombre de conexiones sociales que van configurando en él una determinada identidad social. Y por otro, el trabajo no sólo ocupa el tiempo de los individuos, sino que muchas veces, configura sus vidas, donde el ordenamiento conductual y social que ello comporta depende, principalmente, de la función laboral que se desempeña, integrando los diversos grupos sociales que constituyen nuestra sociedad moderna. Si ello es así, sin duda que ha de incidir en el fenómeno de la jubilación, pues si es tan determinante en la experiencia de vida de los individuos, su cese repercute necesariamente en ellas.

Los adultos mayores, y en ellos, los jubilados son, en el sentido sociológico del término, marginados, están integrando la sociedad pero no participan de ella, sólo pueden recibir beneficios de ésta sin dirigir ni tomar decisiones. Confort⁽²⁾ se refiere al fenómeno de la siguiente forma: "se les arrinconan como ciudadanos acabados y desprovistos de toda utilidad pública, al mismo tiempo que se les adoctrina para que se aparten del mundo... hasta que la muerte venga por ellos" (Confort, 1984: 22).

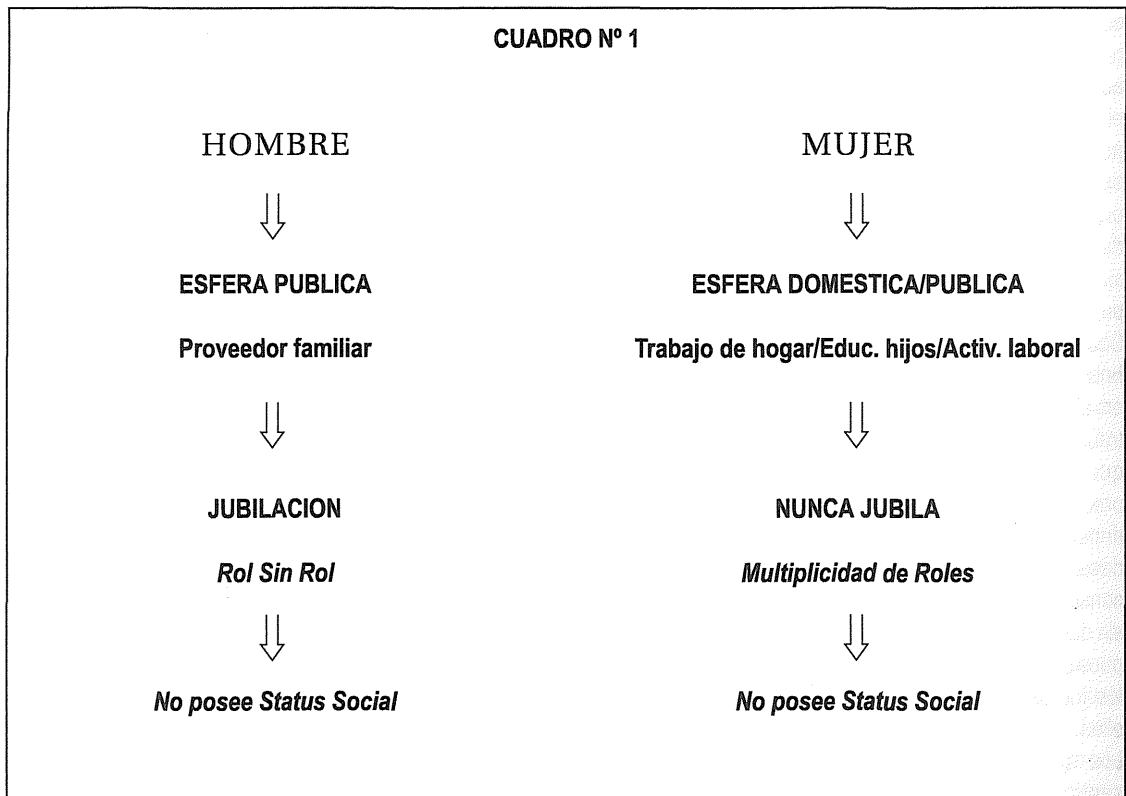
El rito de pasaje se celebra como señal de cambio o paso, de las personas de un estado social a otro. En tales ritos se distinguen las siguientes etapas: (a) separación, donde se separa al individuo de su estado anterior, (b) liminaridad, es un estado marginal respecto al resto de la sociedad o la cultura y, (c) paso de reagregación, donde se consolida la pertenencia a un nuevo estado⁽³⁾. Todo rito de pasaje, reafirma y legitima la aparición de un nuevo status, facilitando la aceptación social del nuevo rol. En las sociedades industrializadas - como la nuestra- la transición de trabajador activo a jubilado no posee una estructura totalmente ritual; cosa que sí ocurre con otras ceremonias de ritos de pasaje,

como el matrimonio, bautizo, entierro, etc. A pesar de que se reconoce en el jubilado los servicios prestados en el pasado -cosa también cuestionable, pero supongamos que así es- no se considera como socialmente significativo su futuro status y situación como jubilado. La investigación muestra que a los individuos no se los socializa para 'no hacer nada', para vivir el ocio. Este es improductivo en términos económicos, por lo tanto, no es considerado un valor a socializar. La prejubilación debe constituirse en un proceso de enseñanza hacia el ocio. Debería ser una preparación ritual y socialmente aceptada de la futura jubilación, y de lo que ser jubilado significa. Y esto porque, dentro de los numerosos ritos que existen en nuestra sociedad, la jubilación "no comporta una posterior reintegración a la estructura social de forma culturalmente programada: tiene menos posibilidades de reintegración al mundo socialmente valorado -el productivo- un jubilado que una persona condenada a cadena perpetua (que mantiene la esperanza del indulto y el posterior retorno a la sociedad)" (Fericgla, 1992: 120). En nuestras sociedades, la mayoría de los ritos de pasaje no poseen una estructura formal, y por ello, la preparación social, del individuo que asumirá un nuevo rol, es casi nula. En el caso de la jubilación, al ser éste un rito de exclusión - como lo afirma el antropólogo español, ya citado, Fericgla- más que de reinserción, el jubilado, al concluir el rito, se ve desprovisto de un rol claro y definido que desempeñar. "Así pues, la jubilación no constituye un rito de separación con una posterior obligación de integrarse en un nuevo estado social, sino que literalmente es una desvinculación, socialmente obligada, a partir de la cual 'cada uno puede hacer lo que quiera', y dado que mayoritariamente los individuos actuales jubilados no han sido socializados para disponer de todo el tiempo libre de obligaciones y para dedicarlo a lo que uno quiera, la situación inicial es de profunda desorientación individual y, con frecuencia, también familiar" (Fericgla, 1992: 121). Fericgla (1992) plantea la jubilación como un rito de pasaje desestructurador, en donde los individuos abandonan una categoría social, pero no se ven reinsertos en otra, se los deja desprovisto de un rol sin acceder a uno nuevo; por otro lado, se trata de un rito desestructurado, pues carece de un sentido y de contenido en sí mismo, y desvincula sin posibilitar la reinserción.

⁽²⁾CONFORT, ALEX (1984) *Una buena edad la tercera edad*; Madrid: Debate.

⁽³⁾Van Gennep (1960) *Los ritos de paso*; Barcelona: Altafulla.

CUADRO Nº 1



Se hace necesario detenerse un poco para analizar la jubilación en las mujeres, comparativamente a los hombres. En el caso de la mujer mayor, el trabajo y la jubilación presenta sus particularidades. Se constata que el potencial económico y social de funcionalidad de la mujer mayor es superior a la del hombre, puesto que, el perfil ocupacional del hombre es más rígido: en las sociedades industrializadas éste está 'programado' para proveer a la familia; en cambio la mujer, se mueve en la esfera familiar, educacional y social. El hombre, al perder los roles que eran parte de su identidad social, pierde también la repercusión que puede tener en el ámbito de lo público.

El trabajo doméstico de la mujer, resulta de gran relevancia para la supervivencia social y cultural -ella participa en forma directa en el proceso de socialización de los hijos-; sin embargo, se trata de un trabajo sumergido, no reconocido socialmente. La participación de la mujer en trabajos fuera del hogar es mucho menor que la de los hombres dentro de la población activa. Cuando la mujer desempeña ambos roles (laboral y doméstico) lo hace en forma eficiente y equilibrada. El hecho de que la mujer se mueva tanto en la esfera privada (hogar) como en la pública (sociedad) le permite, por un

lado, estar más preparada para adaptarse y enfrentar discontinuidades, y por otro, ésta nunca se jubila, puesto que, cuando la mujer abandona la actividad productiva, debe enfrentarse -ahora de tiempo completo- a la actividad reproductiva, como el cuidado de los hijos (en la mayoría de los casos, nietos), cuidado del esposo, ancianos (generalmente sus padres) y como sustento de la vida hogareña. Por lo tanto, la mujer no posee un *rol sin rol* como los varones, sino que con su jubilación en el sector productivo se enfrenta a una situación *multirólica* (ver cuadro 1); aunque al igual como ocurre con los hombre, tales roles no son reconocidos ni legitimados socialmente, no constituyen un status social. Así es como las jubiladas buscan la continuidad de sus conexiones sociales. Sus características multirólicas no la limita solamente al refugio en la familia; busca un equilibrio entre las relaciones familiares y otras actividades en el espacio público.

Las implicancias económicas y socioculturales de la jubilación comportan una serie de transformaciones en la forma de vivir la vejez.

Vivimos un explícito proceso de longevidad, en donde cada año se gana un promedio de un mes de esperanza de vida. Si se jubila a los 55 años, se tiene una esperanza

de vivir entre 25 a 30 años de jubilación. Por lo tanto, más que una tercera edad, la jubilación constituye una verdadera tercera etapa de la vida. Comparativamente, podemos afirmar que el tiempo para la educación o formación básica, el tiempo para el trabajo y el tiempo de jubilación llegaran a tener -si es que ya no lo tienen- la misma duración. Nos dirigimos hacia la repartición casi equivalente de los tiempos en nuestras experiencias de vida, como afirma la socióloga francesa, Anne Marie Guillemard⁽⁴⁾, 25 años de formación, 25 años de trabajo, 25 años de jubilación. Es por esto que, hablamos de una tercera etapa de la vida, cuando hablamos de jubilación. Dado ello, las formas de vivir la vejez sufren transformaciones. Sin duda, cuando uno tiene 20 a 30 años por delante, algo espera -ya no podemos estar más de 20 años sólo esperando la muerte- se proyecta, a nivel individual.

En un nivel más analítico, siguiendo la misma idea ¿qué hace una sociedad con cerca del 10% de su población con características de dependencia?. Culturalmente, ¿qué mecanismo existen para enfrentar aquello? La construcción social de esta etapa de la vida necesariamente tiene que cambiar. Esta política de aislamiento en espera de la muerte, del ciudadano marginal no corre para un individuo de 50, 55 años o más. No se les puede dar un descanso de 30 años. Y ello porque, el acceso a la jubilación trae consigo marginación y disminución de redes de conexiones sociales. El trabajo no es más la parte esencial de la vida. Si el trabajo ha sido la parte esencial de la vida, perderlo es como quedarse sin sentido de vida, por lo tanto, el rito es vital. Este rito debe proporcionar la adquisición de un nuevo rol social. El rol de jubilado es un rol vacío socialmente, puesto que el jubilado es considerado una persona que ya no es capaz de trabajar, y sobre todo, no se sabe bien, ni está culturalmente definido qué podría aportar a la vida social. Determinar culturalmente un rol de viejo encierra un fenómeno antropológico, pues se trata de redefinir la visión que se tiene de la vejez a base de valores, aspectos simbólicos y cognitivos, de una determinada percepción y visión de la realidad y del hombre, de su ciclo vital; lo que implica un cambio cultural importante. A diferencia de las revoluciones, los cambios culturales de este tipo -en términos de valores, visiones de mundo, y en general, los que dicen relación con el sistema de ideas y valores de un grupo, requiere de un proceso más largo de

redefinición, su percepción no es inmediata; a diferencia de aquellos cambios culturales tecnológicos y de cultura material- requieren de varias generaciones, pues no olvidemos que su sentido es socialmente construido, compartido y transmitido.

El cambio cultural debe ir orientado a la idea de que las personas mayores pongan a disposición de la comunidad sus conocimientos y capacidades, reforzar las identidades; poder ser mediadores entre dos generaciones o dos estructuras institucionales. Por otro lado, con la salida de la vida activa, puede aumentar la participación en asociaciones, ya no sólo *para* la persona mayor sino más bien, *de* la persona mayor. Esta vida asociativa reposa principalmente en la entrada de la mujer al mercado del trabajo -la gran mayoría de los socios son mujeres. Las jubiladas buscan la continuidad de sus conexiones sociales.

En entrevistas llevadas a cabo a adultos mayores, en un contexto de investigación de campo, en organizaciones de personas de edad, he realizado preguntas relacionadas con la autopercepción de la etapa del ciclo vital que forman parte. La mayoría de ellos y ellas coincidían en que llegar a la tercera edad significa dejar atrás y perder todo lo que la juventud y aquella edad ofrecen. Ser viejo se conceptualiza a base de carencias y en términos opositivos en relación a la juventud, la que, es la etapa de la integración, de la vida laboral, en donde se establecen y consolidan la mayoría de las redes y relaciones sociales; en cambio, en la vejez, todo aquello 'queda atrás': *yo al principio* -afirma una de las entrevistadas- *cundo decían que el adulto mayor, yo decía Dios mío, ya estamos en una etapa que nos están apartando, ya no vamos ser lo que éramos antes*. Todos los valores e ideales de vida están dados socialmente por lo que ser joven significa. En cambio, en esta etapa de la vida, la persona mayor, deja atrás la vida laboral y las responsabilidades de la adultez: *ahora como que ya no tengo ninguna preocupación, ninguna responsabilidad, entonces como que me siento más libre para pertenecer a diferentes grupos*. El adulto mayor siente que ya cumplió con los hijos, con su educación, con la crianza: *ahora les toca a ellos, nosotros ya criamos, les toca a ellos; cumplimos la etapa*. Junto con la tercera edad, llega el momento de mirarse a uno mismo: *... que nunca lo había hecho, siempre se hizo lo que los demás se habló y se hizo, y yo siempre quedé ahí, entonces aquí cuando empecé a venir como que me rebelé*. El

⁽⁴⁾GUILLEMARD, ANNE-MARIE (1971) *La Retraite: entre le travail et la mort*; Thèse de Doctorat, Sorbonne, Paris.

valor que se le da a la independencia es significativo, y este también tiene directa relación con la participación en la organización: *lo importante ha sido que con todas las actividades que aquí se hacen, las señoras han adquirido una mayor independencia y una libertad de acción* -afirma la monitorea de uno de los grupos.

Las mujeres afirman que la menopausia -45 a 55 años aproximadamente- es el acontecimiento que marca el comienzo de la tercera edad. Curiosamente, la Ley establece que a los 60 o 65 años una persona ya es considerada de la tercera edad. Si vamos a hablar de viejos y de vejez, debemos partir escuchando a los propios viejos. Las propias personas mayores se comienzan a sentir viejas diez años antes, cuando su rol reproductivo termina. Esto significa que no sólo se ha jubilado en la esfera de lo público, sino que en la esfera de lo privado y lo doméstico también ya ha perdido su rol: el reproductivo⁽⁵⁾. La menopausia se percibe como un proceso biosocial, pues se piensa que también afecta a hombres en algún momento de la vida, así lo expresó, en una ocasión, una mujer adulta mayor: *... ella es la menopausia que es una etapa muy seria. Es una edad en que se les produce una decadencia física tanto al hombre como a la mujer.*

La vejez y el envejecimiento son una etapa y un proceso que se aprenden, y todo fenómeno que requiere de un proceso de aprendizaje, de socialización, es cultura. En este sentido, la vejez se constituye como un fenómeno cultural, socialmente construido y compartido, y como todo fenómeno cultural, también es transmitido. Por lo tanto, el modelo de vejez que reproduzcamos a las futuras generaciones, debe ser un modelo de vejez activa y productiva, valorada socialmente y que proyecte mejorar la calidad de vida en esta etapa del ciclo vital, pues vivir de esta forma la vejez, va constituyendo un ejemplo deseable de imitar en nuestros descendientes. El concepto tradicional de vejez, lo concibe como la última etapa de la vida y el umbral hacia la muerte, en el fondo, una vez viejo es como dejar de vivir. La actividad y el reconstruir redes de relaciones sociales, permiten conceptualizar la vejez en términos positivos y activos. La organización es un espacio de participación social y local. Asimismo, las organizaciones de adultos mayores, constituyen un importante medio para la interacción e inserción social de sus participantes. Sobre todo, porque

estos espacios de participación para las personas mayores, han ido perdiendo aquel cariz paternalista y asistencialista propio de asilos, entidades de caridad o como algunas instituciones que trabajan con o para los adultos mayores, pero no necesariamente están integradas y dirigidas por personas de la tercera edad. El hecho de que determinadas organizaciones locales estén dirigidas por personas mayores resulta muy significativo, pues quien mejor sabe lo que es esta etapa del ciclo vital y las implicancias biopsicológicas, sociales y económicas -entre otras- que ésta comporta, son los propios adultos mayores. La organización les brinda aquellas cosas que a su edad -creen- ya no les es posible lograr. En ella, se recrean modelos de relaciones sociales, facilitando la interacción social por medio de la realización de actividades diferentes a las cotidianas o domésticas, de esta forma se va tejiendo una determinada identidad: *cundo hay una persona de la tercera edad que pertenece a grupos, se reconoce inmediatamente.* Se van identificando con las actividades y el espacio de la organización, tanto así que se la conceptualiza como una segunda casa: *...es otra casa que la acoge con cariño y uno se siente bien.* Estos espacios logran crear una identidad de adulto mayor, ellos se identifican con sus contemporáneos, lo cual no se encuentra en la esfera de lo doméstico, por lo que el adulto mayor busca mecanismos para acceder a este espacio de participación etárea: *me las arreglo para venir, para poder distraerme porque la casa uno está ahí metida y no sale nunca. Estoy contenta porque tengo amigas.* De tal forma, que se crea un sentimiento de pertenencia, de arraigo, se siente algo propio: *yo fíjese que cuando no vengo para acá, hallo como que me falta algo.* Por tanto, la organización es un espacio en donde el adulto mayor adquiere una cuota de poder frente a determinadas decisiones, y sobre todo, posibilita la constitución de una concepción socio-política de lo que ser viejo significa. La organización constituye aquel espacio de participación social que la sociedad niega al viejo. Vivir la vejez en la organización, convierte el proceso de envejecimiento, en un fenómeno que no responde a los patrones tradicionales del ser viejo, a aquella 'ideología del viejismo', que nos habla Carmen Barros⁽⁶⁾.

Ante la pregunta de si los mismos viejos deberán autoasignarse su rol social, puede que así sea, pero no

⁽⁵⁾Entendemos como rol reproductivo no solo la capacidad de parir hijos; éste en su significación sociocultural connota todo el quehacer dentro del ámbito doméstico, ya sea, criar, educar, socializar, alimentar y sustentar a la familia.

⁽⁶⁾Carmen Barros y otros (1990) *Viva la Vida: Un nuevo tiempo para el Adulto Mayor*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Colección Teleduc: Santiago.

olvidemos que el reconocimiento, y en él, el sentido debe ser socialmente construido y compartido.

Porque la autodefinición o el hacerse uno mismo, no puede llegar a cristalizarse, sino es en un proceso de reconocimiento social, de institucionalización -en el sentido bergeriano del término-, y es en ese reconocimiento en donde le cabe a la sociedad, al Estado y a los diferentes estamentos sociales y locales, la producción y reproducción de un modelo sociocultural de ser viejo, o sea, una labor de producción cultural.

Los viejos son abiertamente pragmáticos, en donde todas sus actividades giran en torno a sus propias necesidades, a aquellas necesidades del ciclo vital que le toca vivir. Por medio de su dinámica organizacional se va configurando el significado de ser viejo, a la vez que queda reflejado cómo viven la vejez. La participación vehicula y propicia el cambio cultural, pues se objetiva y socializa la realidad que vive el adulto mayor. Por medio de ella, se es sujeto activo y la participación adquiere un valor positivo. La filosofía de las organizaciones de adultos mayores se sustenta en una visión de futuro como una realidad. Este ya no es algo inexistente o inalcanzable. El futuro es cada vez más extenso. El tiempo es su aliado, es algo con lo que cuentan no sólo en el presente, sino también en un después. Esto da pie a la posibilidad de proyectarse como persona y dentro de la organización misma, pues como corpus organizativo, acumulan experiencia, conocimiento y crean expectativas para el futuro.

Me atrevería agregar a aquella frase: *los niños serán el futuro*, una que diga: *los adultos mayores están siendo aquel futuro*.